

ESCRITO EN EL RÍO

"Voces que sólo al morir uno de ellos alzaron el tono". La realidad simbólica



Manuel Garrido Palacios

ESCRITOR

Venía el hombre triston tras hablar con la nieta de María, que le había mostrado la carta que le escribió el abuelo Joaquín poco antes de ser fusilado contra las tapias de cualquier cementerio. Escritura a mal lápiz y peor papel que había tenido que pagar comulgando en la celda. "Si me vais a matar igual, ¿para qué la comunión?", preguntó. "Comulga y no te hagas líos de cabeza", le respondieron. "¿Seguro que si comulgo recibirá la carta mi María?" "¡Faltará más! ¿Es que no tenemos palabra?"

Venía el hombre por la calle de la gran ciudad setenta años después de que Joaquín hubiera escrito la carta y le hubieran estampado las entrañas contra el paredón rato más tarde. Setenta años después de que María recibiera la carta en la que Joaquín se despedía, carta en la que le habían obligado a añadir un párrafo que dejara claro que lo habían tratado bien. Setenta años después de que el que le llevó la carta obligara a María a beber ricino por no estar conforme con el crimen.

Venía el hombre bajo de ánimo cuando el cartero le entregó un paquete con un libro: La tierra negra, una novela escrita por Manuel Moya, en su Fuenteheridos natal y vital, dedicada a quienes, como la nieta de María, combaten a su manera la impunidad, a quienes buscan a sus muertos, a

quienes sienten la historia no como "cuatro cosas que pasaron, ¡qué le vamos a hacer!", sino como muecas de dolor, injusticia y sangre.

Se le agolpaban al hombre ¿qué historias? contadas por ¿cuánta gente? en Dios sabe dónde. Historias de ricino y pólvora, de cales salpicadas al alba, de ayes y de infamias. Y acudían a su mente las páginas escritas por María Dolores Ferrero Blanco sobre la resistencia rural en el suroeste andaluz en La historia del año de los tiros (la infamia no tiene fecha fija), o los sucesos de El Campillo durante la maldita guerra -¡malditas todas!- en la que hurga el denso, emocionante libro de Manuel Moya.

Venía pensando en estas cosas cuando la novela lo llevó por más caminos del pasado, por páginas que traían a los protagonistas a su sala, a su cocina, a su patio para ser parte de ese catálogo de atrocidades que conforman la pequeña gran historia de los pueblos; historia sin mayúscula y pintada en rojo, que no es

Manuel Moya



Esta novela es una descomulgada reflexión sobre la dignidad, centrándose en el alma de los hombres, vencedores o vencidos. Una reflexión, así mismo, para quienes aun buscan a sus muertos.

más que la partida mortal de unos contra otros, hoy venganza, mañana fusilamiento, pasado silencio; algo que cuesta traducir a palabras y que en el caso de este libro el autor lo ha hecho soberanamente mojando en la tinta del corazón.

La tierra negra, editada por Guadalupe, escrita por alguien que tanta cultura ha movido en este ámbito, Manuel Moya -narrador, poeta, crítico, traductor-, es la trágica sucesión de hechos de unos fugitivos en el paisaje de la Guerra Civil; gente que permaneció oculta en la recóndita Sierra sin toda una eternidad de siete años. Voces que



Sólo he pretendido escribir una novela que hable de la dignidad y raramente habita fuera del corazón

sólo al morir uno de ellos alzaron el tono y levantaron la cabeza para que fuera enterrado "como se entierran a las personas".

Este es el eje sobre el que gira la historia que se cuenta. Es como un cuerpo que en su interior guarda toda la complejidad del conflicto que se vivía, de las circunstancias que rodeaban el momento. La novela deja en el lector el perfil de la anatomía del odio, y siempre la infamia, y el dolor, y la sangre, y la tenaz linde con un letrero invisible marcando que "ese muerto no era de los nuestros". Alrededor de esto van las aspas de treinta y dos capítulos y una nota de cierre removiendo los aires irrespirables de un paisaje en un tiempo determinado.

Manuel Moya, que tanto ha dado (hasta dos poetas en uno) nos sorprende ahora con esta novela, de la que él dice que los hechos de los que se nutre "son aproximadamente reales o, mejor, casi nada de lo que cuento es rigurosamente verdad, si bien, los cinco "topos" existieron (eran naturales de Navahermosa, Galaroza y La Nava). He sentido mucho más interés por la realidad simbólica que por el rigor histórico. De haber querido hacer historia, habría emprendido una investigación. Sólo he pretendido escribir una novela que hable de la dignidad, y la dignidad muy raramente habita fuera del corazón palpitante de las mujeres y de los hombres".

Venía el hombre triston y de pronto topó con esta ¿realidad simbólica? plasmada en una de las novelas más duras e intensas escritas en los últimos tiempos.

CARTAS DESDE MARACAIBO

"Cada pensamiento mío fue primero un pensamiento de él". Julio Arenas



Lidia Jiménez

PERIODISTA

Julio Arenas es un nombre cualquiera pero no es cualquier hombre. Todos tenemos recuerdos, manías, bolígrafos, amigos que vienen con nosotros a todas partes. A otros los fuimos perdiendo en el camino.

Aquí en Venezuela una persona me acompaña cada día: Julio Arenas. Con sus manías dietéticas. Su Eucerin empalagoso, sus tesoros musicales sin abrir del todo, Julio también vive aquí. Me giro y lo veo venir, con su abrigo tres cuartos y su bufanda de Nueva York. Siempre aparece de improvisto, como cuando soñamos con alguien que hace tiempo que no vemos. Julio llega a mi casa venezolana de siete candados y los atraviesa todos, entra en el periódico que se llama La Verdad -como él-, tropieza por mí en estas calles rotas y crítica el

café que bebo, sin querer, en las pocas cafeterías de esta ciudad sin bares ni sueños. Maracaibo, la ciudad de Julio.

Cada pensamiento mío fue primero un pensamiento de él. Julio Arenas soy yo con vitamina C, horas extra de cocina y una copa más, siempre la última, que se alarga hasta que, como si lo fulminaran, se duerme en cualquier parte, normalmente a mi lado, aunque nos separe un océano, una tesis y Berlín.

No comprendo la obsesión de todo el mundo -incluida yo- por el amor de pareja. Dos medias personas mirándose de media frente, como en un medio espejo que arroja la imagen del otro medio -al que acabas pareciéndote-. La pareja, un horror. Esa caricatura del amor, esa exigencia de yo contigo y tú conmigo y, si no estás, me muero. Como si uno

podiera decidir cuando morirse. Ojalá. Lo suyo es un poco cada día, como todos los demás.

Dejé a otras personas en el camino, sí. Sus nombres quedaron en una dirección de correo electrónico, en una agenda extraviada, en el bolsillo húmedo de un pantalón olvidado. En la lavadora del pasado desaparecen, como los calcetines, hombres buenos y malos, queridos y pesados, amantes y rabinos. Pero Julio, de algún modo, rejuvenece en cada lavado, se salva de la lejía, sortea el huracán del tiempo en la máquina secadora. Con sus ojos de espinas plateadas, su cuerpo de esquelito, su palabra acelerada, sus bromas demoleedoras... Julio Arenas, mi amigo, el que viene a todas partes conmigo, me salvó la vida con una copia. Aquel día enjuagué mis



Conocía a Julio hace tantos años que no recuerdo mi vida sin él. Creo que fue en la Universidad o antes

lágrimas doloridas con whisky on the rocks y Rocío Jurado. Por no hablar de Pedro y nuestros patios de La Mancha.

Conoci a Julio hace tantos años que no recuerdo mi vida sin él. Creo que fue en la universidad, o pudo ser antes, en el colegio, quizás escondido en alguno de esos uniformes de monjas.

El tiempo, tan fiel como Julio, única compañía en este segundo que yo escribo y usted lee, esto que es su presente y mi pasado. Julio me protege de mi infancia con tirones de pelo, me espera en la pausa que separa esta palabra de esta otra. Así como presentio que mis manos son efectivamente mías, siento que Julio pertenece a mi cuerpo. Julio, mi país. Pocas certezas se parecen tanto a un hombre.

Todos tenemos amigos que hemos perdido o que queremos recuperar. Yo traje a Venezuela, entre biguinis viejos, libros leídos y protector solar a Julio Arenas, un hombre cualquiera pero no cualquier nombre.